

Bosco y se excusa, diciéndole que sólo el Ministro del Interior puede autorizar cosa semejante.

Don Bosco sabe que para conseguir grandes intentos no basta un paso; que más meritorio es el bien que mayores obstáculos vence; llega, pues, al ministro Ratazzi, quien con no menos asombro que el Alcaide, al oír la solicitud, exclama: «¡Me pide Ud. un imposible!»—No, Excelentísimo Señor; permítame V. E. insistir; las disposiciones de los encarcelados son excelentes; estoy seguro de su docilidad y de que ninguno burlará mi confianza.

Ratazzi reflexiona breves instantes..... Bien, le dice, accedo á los deseos de Usted, y le proporcionaré cincuenta carabineros, que á la distancia estén atentos á cualquier rebelión que pueda ocurrir.—Nada tema, Excelentísimo Señor, yo soy responsable. La vista de la milicia amargaría el placer de los agraciados.

Ocurrió entonces un fenómeno extraordinario: el ministro Ratazzi, que muy lejos estaba de ser *clerical*, aceptó aquella proposición, si bien generosa hartamente temeraria en apariencia.

Con tal licencia, el día indicado, después de Misa, tuvo lugar el paseo: trescientos cincuenta encarcelados salen á Stupinigi en buen orden, radiantes de contento, guiados tranquila y paternalmente sólo por Don Bosco. Dos leguas y media de ida y otras tantas de vuelta no eran demasiadas para quienes suspiraban por movimiento y expansión. Describir las escenas de placer, las impre-

siones de los presos en aquel día es imposible. Lo cierto es que no ocurrió ni sombra de desorden. La gran preocupación de todos era llenar de tiernas manifestaciones al buen Padre, y como le notasen un tanto fatigado, descargan el animal que conduce las provisiones y montan en él á Don Bosco, sin permitirle siquiera la molestia de tener las riendas. En cuanto á las provisiones, ellos mismos se encargaron de llevarlas á hombros.

En la tarde, de vuelta en la cárcel, al pasar lista el Alcaide, no faltaba ninguno.

1857.

PIEDAD DE LOS NIÑOS DE DON BOSCO

Cuando uno llegaba á Don Bosco á pedirle una gracia, algunas veces respondía: Haré rogar con este fin á mis niños. No era esta una palabra sin importancia, que la oración pública y en común es de eficacia prodigiosa, y la piedad de aquellos acrecía su poder.

De novecientos internos que habrá en el Oratorio de San Francisco de Sales, en Turín, quizá un centenar son verdaderos Luises Gonzagas, y cuatrocientos ó quinientos pueden considerarse como perfectos religiosos. Algunos de ellos, de admira-

ble vida interior, han sido favorecidos con maravillosas revelaciones. Una vez, por ejemplo, después de la Misa, un niño llega á Don Bosco y le dice:

— Padre, Ud. piensa en tal cosa; tiene razón y lo conseguirá.

— Es verdad, hijo mío. ¿Cómo lo sabes? ¿quién te lo ha dicho?

El niño se turba, no sabe que contestar y concluye por olvidarse de lo que acaba de decir.

Don Bosco mismo ha escrito y publicado la vida de Domingo Savio, uno de sus hijos en el Oratorio (nacido de 1842 y muerto en 1858), modelo de singular pureza y santidad. Más de una vez viéronle en éxtasis y muchas eran las gracias obtenidas por sus oraciones.

Un día entra á toda prisa en la pieza de Don Bosco á suplicarle que le siga.

— Pero ¿de qué se trata?

— Por favor, venid pronto, Padre mío; no hay que perder un instante.

Don Bosco obedece y á buen paso le acompaña camino de la calle de los Huérfanos. Sube la escalera de una casa y llegado á una puerta del tercer piso, — Aquí es, Padre mío, le dice Savio, y se vuelve al Oratorio.

Entra Don Bosco y encuentra un enfermo, próximo á exhalar el último suspiro, un desgraciado católico que se había hecho protestante y que ya moribundo deseaba ardientemente volver al seno de la Iglesia.

Sin pérdida de tiempo, confiéscase, recibe los

últimos sacramentos y lleno de contento y esperanza se duerme en el Señor.

Tiempo hacía que Savio no había salido del Oratorio. Cuando se le preguntó cómo había tenido noticia de lo que ocurría en aquella casa se entristeció, bajó la cabeza y nada respondió. Respetóse su silencio. *Secretum Regis abscondere bonum est. Conviene guardar el secreto del Rey.*

Otra vez, durante el cólera de 1854 y precisamente el ocho de septiembre, fiesta de la Natividad de María Santísima, el mismo niño se presenta en una casa de la calle de Cottolengo: — ¿No tenéis aquí una persona atacada por la epidemia? Yo me ofrezco á atenderla.

— Gracias, hijo mío; por la misericordia de Dios, aquí todos estamos buenos.

Savio se retira como á pesar suyo; pero luego vuelve:

— Os ruego veáis lo que ocurre; aquí debe haber una persona en inminente peligro.

El propietario, sólo por complacerle, recorre las estancias, y en efecto encuentra en un desván una pobre anciana como aterrada y sin fuerzas para pedir socorro. Sólo hubo el tiempo necesario para administrarle los últimos sacramentos é inmediatamente expiró.

Nada tan edificante como la vida de Domingo Savio. Era en verdad un pequeño apóstol lleno de amor y de celo por las almas.

Apenas dejó esta vida mortal, sus compañeros le veneraron como á un santo, y por su interce-

sión han alcanzado señaladas gracias y milagrosas curaciones (1).

Podrían citarse otros niños igualmente favorecidos con dones sobrenaturales extraordinarios.

Gabriel Fassio, entre éstos, con un año de anticipación había predicho la explosión de pólvora que, en 1842, amenazó destruir el Oratorio.

Era aprendiz de cerrajero, de excepcional piedad.

En 1851 voló al cielo. En su última enfermedad, recibidos ya los sacramentos, un día como inspirado exclamó:

— ¡Pobre Turín! ¡Pobre Turín!

— ¿Qué nos amenaza? le preguntaron sus compañeros.

— Un temblor.

— ¿Cuándo será?

— El año próximo; el *veintiseis de abril*. ¡Pobre Turín!

— ¿Y qué debemos hacer nosotros?

— Rogar á San Luis que proteja el Oratorio y á todos los que lo habitan.

La predicción se realizó: el *veintiseis de abril* de 1852 una explosión de pólvora, en una fábrica al lado del Oratorio produjo un horrible temblor. Treinta obreros perecieron. La catástrofe habría sido mucho mayor si el sargento Pablo Sacchi con

(1) Su anciano padre vive en el Oratorio de Turín donde quiere terminar sus días; es un amable anciano cuya piedad y simplicidad bendecidas son en la Casa.

heroico valor, herido como estaba, no hubiese conseguido aislar doscientos barriles de pólvora que se guardaban en almacén.

Los compañeros de Fassio, siguiendo su consejo y temerosos de la predicción que les había hecho, cada día al concluir las oraciones de la noche habían recitado un *Padrenuestro* y un *Avemaría* en honor de san Luis Gonzaga con esta invocación: *Ab omni malo liberanos nos, Domine.*

Esta práctica, hecha general, ha continuado observándose en las Casas Salesianas.

1857.

EL PRIMER SACERDOTE DE DON BOSCO

En 1847 los Oratorios de San Francisco de Sales y de San Luis Gonzaga recibían quinientos niños cada domingo; pero con todo no podían congregarse á los numerosos vagabundos que pululaban en la ciudad.

Cierto domingo uno de los capitanes de semejantes pandillas observa la ausencia de un camarada.

— ¿A dónde ha ido?

— Al Oratorio de Don Bosco.

— ¿Qué es eso?

— Es una casa adonde se va á correr, jugar y divertirse.

— ¡Magnífico! ¡Qué más queremos! ¿Dónde está?

— En Valdocco.

— ¡Vamos allá!

El joven capitán á la cabeza de no pocos de estos vagabundos llega al Oratorio. Las puertas están cerradas; todos se hallan en la iglesia.

Un *jefe* no vuelve atrás por tan pequeña dificultad; el sobredicho escala el muro, salta al patio y dispónese á explorar; mas habiendo sido visto le llevan á la iglesia.

Refería á la sazón el Sr. Borel la parábola de los corderos y los lobos, esto es, del peligro para los niños buenos de juntarse con los malos compañeros, y concluía diciendo que en el Oratorio no cabía este temor, pues si un *lobo* mostraba los colmillos no faltaban buenos perros que fueran sobre él. La enseñanza del sacerdote ofrecida en forma pintoresca agradó al recién llegado y quiso permanecer hasta el fin de la fiesta.

Cántanse las letanías, y contento de lucir su hermosa voz canta con entusiasmo.

Al salir de la iglesia quiere ver á Don Bosco que se hallaba rodeado de multitud de niños. Don Bosco le acoge con particular afecto, le convida á jugar, le hace cantar, admira su voz y se ofrece á enseñarle la música y muchas otras cosas.

Finalmente — importa notarlo — le dice una palabrita al oído, una sola, la *palabra mágica*, y basta: el niño queda ganado para siempre. Desde ese día jamás faltó al Oratorio y después de reci-

bir, de un sacerdote á quien le confió Don Bosco, una sólida instrucción religiosa tuvo la dicha de hacer la primera comunión.

El niño, lejos de encontrar en su familia estímulo al bien, era maltratado por sus padres que le hacían padecer el hambre.

Don Bosco le consolaba, le sostenía y le había ofrecido un asilo para el caso de correr riesgo de mayores peligros. Un día, contra las inculpaciones de su padre, tomó la defensa del Oratorio y de Don Bosco. Otra vez que se disponía á ir á Valdocco su padre irritado le dió una terrible bofetada. Temiendo el muchacho nuevas violencias, huyó de la casa y á todo correr se fué al Oratorio. Pero en vez de entrar, creyéndose perseguido, subióse á un moral para no ser descubierto (1).

Apenas se había ocultado entre las ramas cuando ve con espanto á su padre y á su madre que entran al Oratorio á reclamarle.

—Entregadnos nuestro hijo, dicen á Don Bosco.

—No está aquí.

—Debe de estar.

—Aun cuando estuviera, no tendríais derecho de introducirnos de este modo en casa ajena.

—Bien — dice furioso el padre — yo iré al comi-

(1) Este moral se ve todavía en el patio de los artesanos en el Oratorio, entre la iglesia de María Auxiliadora y la puerta principal de la capilla de San Francisco de Sales. Consérvase con cariño y las personas á que esta historia se refiere suelen llegar á él con afectuoso recuerdo.

sario de policía y arrancaré á mi hijo de la rapacidad de los clérigos.

—También iré yo á los tribunales, replica Don Bosco, daré á conocer vuestra conducta, y si hay leyes y justicia se os tratará como merecéis.

Sin duda que éste y su mujer no tenían muy limpia la conciencia, pues, al ver á tan enérgica actitud, se retiraron sin que volvieran más á hablar.

Apenas se habían ido visitas tan importunas, cuando Don Bosco, advertido de la presencia del niño, va al moral é invita á descender á su pobre protegido. No obtiene respuesta.

Le llama de nuevo. —Baja le dice, ya se han ido, nada debes temer.

—El mismo silencio. A la claridad de la luna distínguese el fugitivo agazapado entre las ramas. ¿Le habrá sucedido algo?

Inquieto Don Bosco pide una escalera y sube á buscar al niño á quien encuentra como inanimado. Tócale, y le llama con tierna precaución. Al fin aquél vuelve en sí; pero creyéndose aún entre las brutales manos que le habían maltratado, se pone á gritar y se agita con tal furor que se temió cayera y arrastrara á Don Bosco en su caída.

Fué menester aguardar un rato y usar de repetidas caricias para calmarle y para que Don Bosco consiguiera hacerle bajar de aquel árbol que el muchacho pudo considerar como *el árbol de la vida*.

La buena Margarita, que había presenciado,

enternecida toda la escena, apresuróse á abrigarle y á darle una buena sopa.

Desde entonces el niño tuvo casa, el Oratorio; y un amado padre, Don Bosco.

Pronto aprendió el oficio de encuadernador de libros; pero, reconocidas sus aptitudes particulares, Don Bosco le destinó á los estudios, enseñándole personalmente latín y piano.

El niño tenía gran gusto por la música; llegó á ser un notable organista, y era el principal actor en toda fiesta musical; pero lo que más le distinguió fué una piedad viva y ardiente. Las delicadezas del amor obraron en él una transformación completa, como que movido á abrazar el estado sacerdotal con vocación irresistible, tomó la sotana el 2 de febrero de 1851 y después de excelentes estudios recibió el presbiterado en 1857.

Este es el primer sacerdote entre todos los hijos de Don Bosco. Hoy día desempeña su sagrado ministerio en la diócesis de Turín y ocupa un alto puesto en el clero piamontés.

Suscitans a terra inopem... ut collocet eum cum principibus populi sui.

1858.

DIOS HABLA AL HOMBRE... MIENTRAS DUERME

en los sueños de la noche.

Es un hecho indudable que Don Bosco conocía el estado de la conciencia de casi todas las personas de sus casas, *aun el de aquellas á quienes jamás había confesado.*

A veces el Director de un oratorio ó colegio recibía un billete concebido en estos términos:

«Hoy mismo expulsarás á fulano y á zutano.

«*Firmado:* JUAN BOSCO.»

Algunos de estos despedidos no le conocían ni de vista y no pocos eran considerados por sus maestros como niños excelentes.

Parecerá extraño que esta facultad de *conocer* lo que está fuera de las leyes naturales no la tuviese con respecto á todos; mas siendo iluminaciones del Espíritu Santo, puede presumirse que le eran especialmente otorgadas cuando se trataba del interés de los niños y de las casas fundadas para ellos.

Ordinariamente esas intuiciones las recibía en el silencio de la noche.

Uno de los niños de Don Bosco nos va á referir

uno de esos *sueños*, conocido por muchos alumnos que hoy pertenecen á la Congregación Salesiana.

«En 1858, como Monseñor Belasio diese los ejercicios espirituales en el Oratorio, movidos de extraordinario fervor, casi todos habíamos hecho firmes y generosas resoluciones. No obstante un día díjonos Don Bosco *que no estaba contento de nosotros;* y es necesario haber sido amado de Don Bosco para comprender la impresión que tales palabras nos causaron.

El buen Padre continuó: «Después de todo lo que yo he hecho y no ceso de hacer por vosotros, creía que corresponderíais con más fidelidad á mis desvelos.» Y esto lo decía una ó dos semanas después de unos excepcionales ejercicios.

Contónos al día siguiente el sueño que vamos á apuntar y del cual ni uno solo de los niños que lo oyeron ha podido olvidarse; tal género de comunicaciones no nos sorprendía, y por otra parte bien sabíamos que nuestro Padre jamás perdía de vista á sus hijos y que su corazón no latía sino para hacernos el bien.

Terminadas las oraciones de la noche, estando todos en silencio llenos de indecible inquietud, con voz conmovida nos dijo:

Anoche he tenido un *sueño*: Hallábame en *Becchi*, y acababa de apartarme de nuestra pequeña casa para dar un breve paseo en el campo cuando un anciano que estaba sentado sobre una piedra, viéndome pensativo y quizá un poco triste, ¿Qué es lo que tienes? me dijo. Eres un orgulloso. ¿Qué

eres tú? Porque amas á tus niños, querrías que te correspondieran. ¿Acaso Jesús no amó á los hombres y no los ama más que tú?

—Es verdad... pero después de los ejercicios espirituales... ¡después de tanto trabajo!...

—¿Quieres ver á tus niños tales como son ahora? ¿Quieres verlos como serán más tarde? ¿Quieres contarlos?

—¡Oh, sí, sí!

—Está bien.

El anciano me condujo á *Bacaiou*, campo ingrato y arenoso al cual de niño iba yo frecuentemente á trabajar.

En medio de ese campo vi un artificio indefinible. —«Aproxímate y mira á tus niños,» me dijo el desconocido.

Me acerqué y por medio de un antejo os vi á todos... allá... á todos vosotros, mis hijos.

Os distinguí á todos; pero qué diferentes de lo que yo pensaba: unos se tapaban los oídos, otros tenían horadada la lengua, éstos volvían los ojos, aquéllos estaban con la cabeza mala; más allá unos tenían el corazón roído por los gusanos, otros un candado en la boca, otros llevaban aferrados á las espaldas unos monos horribles y repugnantes. Por fin bien pocos de vosotros eran los que estaban exentos de enfermedad. Deshecho en lágrimas exclamé: —¿Es posible que éstos sean mis hijos? ¿qué significan tan extrañas fisonomías?

—Escucha: estos que se ponen las manos en los oídos son los que no quieren amonestaciones para

no hacerse violencia en la práctica; esos de lengua horadada son los que libres en sus conversaciones ofenden particularmente la modestia; aquellos que tuercen la vista son los que interpretando á su capricho la gracia de Dios prefieren la tierra al cielo; los de cabeza enferma son los que desprecian los consejos para vivir á su antojo; mira aquellos dos desgraciados: los gusanos de las pasiones les roen el corazón; aquellos con candado en la boca: el diablo se las tiene cerradas después de confesiones mal hechas; aquellos pobres niños con grandes monos sobre las espaldas esclavos son del demonio. Para eso no hay remedio; en vano trabajarás, pues no quieren á ninguna costa sacudir el yugo de Satanás. ¿Ves por fin en ese rincón á los que tienen atadas las manos? No han querido obedecerte ni convertirse: la justicia humana misma vendrá en tu ayuda para enseñarles que el pecado no lleva á la felicidad.

Yo miraba sin poder contener las lágrimas. — ¡Ah! ¡todo perdido! ¡tantas fatigas... inútilmente.

—¿Y quién eres tú que pretendes convertir porque has trabajado? ¿Ha escaseado sus trabajos el divino Salvador?

Dicho esto, el anciano cambió aquel artificio y me dijo: Observa ahora ¡cuán generoso es Dios, cuánto te da por esas almas que no corresponden á tus desvelos!

Entonces vi una muchedumbre incalculable, de países sin número, de diversas lenguas, trajes y fisonomías...

—Esos son los hijos que Dios te enviará; tan grande será su número que no sabrás donde colocarlos, me dijo el anciano.

En medio de esa muchedumbre de niños á los cuales nuestros sacerdotes se empeñaban en entretener y en educar, distinguí á algunos que me eran bien conocidos.

El anciano movió de nuevo el artificio y me ofreció un nuevo espectáculo. Muchos obreros trabajaban en el campo; algunos los vigilaban y dirigían; otros sembraban.

En un extremo quiénes se ocupaban en afilar en una piedra las guadañas, en martillarlas para afinarla y las pasaban en seguida á los directores para distribuirlas; quiénes se cruzaban de brazos ó abandonaban el campo, esto es, el Oratorio.

Segada la mies, robustos brazos la agavillaban y la cargaban en un carro que era luego guiado por un solo obrero.

Don Bosco terminó diciendo:

—Tengo presente á todos los que he visto y les hablaré en particular. ¡Dios me ayude á convertirlos! ¡qué me envíe niños de todas partes del mundo y los bendeciré con toda mi alma! Pero que se digne consolarme desde luego concediéndome que os gane á todos vosotros á su amor, á vosotros los primeros traídos por Él al Oratorio.»

Este *sueño*, referido con gran simplicidad por Don Bosco, produjo extraordinario efecto. Durante todo ese año memorable lo recordábamos, y en el recreo unos á otros nos lo repetíamos

para alentarnos á huir el mal y dar gusto á Don Bosco.

Cada uno quería saber en qué estado había sido visto; y todos quedamos estupefactos al ver manifiestos de un modo sobrenatural los más íntimos secretos de nuestra conciencia. El año 1858 ha hecho época en nuestros recuerdos: fué un año de salud, de heroicas resoluciones y de numerosas vocaciones religiosas.

Don Bosco era absoluto dueño de nuestros corazones.»

1858.

¿CÓMO LO SABE?

En 1858 estaba en Niza el señor de Cambuzano, ex-diputado en el Congreso Subalpino y apellidado el *Montalembert italiano*.

Amigo decidido y gran bienhechor de D. Bosco, tuvo una vez ocasión de hablar de este buen Padre delante de una reunión de muy distinguidas personas, pero de muy escasas convicciones religiosas.

Las maravillas referidas por él excitaron sonrisas en más de un incrédulo, y una señora algo burlona dijo:—Pues ese Santo vive, yo quiero hacer una prueba: si me revela el estado de mi conciencia, creeré entonces cuanto se quiera.

Los concurrentes aplaudieron, y en el acto la señora escribió á Don Bosco.